

KENNETH MAXWELL

Brasil: las perspectivas de Lula

El 27 de octubre de 2001 Luis Inácio Lula da Silva, líder del Partido de los Trabajadores (PT), fue elegido presidente de Brasil. La elección de "Lula", por aproximadamente 50 millones de votos, ha supuesto para el Partido de los Trabajadores (PT) la realización de un sueño. El mensaje de lucha contra la pobreza del presidente de una de las mayores democracias del mundo, convierten a Lula en la esperanza para la solución de los problemas sociales que acometen a buena parte de la sociedad brasileña. Kenneth Maxwell analiza de forma exhaustiva lo que supone la elección de Lula en este texto publicado en "The New York Review" el 5 de diciembre de 2002.

Kenneth Maxwell es director del Programa de Estudios Latinoamericanos del Consejo de Relaciones Internacionales de Nueva York

Traducción: Berna Wang

Volví de Brasil a EEUU el día de las elecciones, el domingo 27 de octubre, cuando 115 millones de votantes acudieron pacíficamente a los colegios electorales, pulsaron las teclas de sus máquinas de votar electrónicas y, por un margen enorme, eligieron a un antiguo obrero, Luis Inácio Lula da Silva. Lula, como se le conoce en todo el mundo, ganó con el 61% de los votos populares, 22,5 puntos más que José Serra, ex ministro de Salud y candidato del Gobierno de Fernando Henrique Cardoso. Su victoria fue, en todos los sentidos, aceptada con tranquilidad en todo Brasil.

Lula, presidente

El triunfo de Lula parecía la realización de un sueño americano, una ascensión desde las tierras olvidadas del norte de Brasil hasta la presidencia; desde la cabaña de troncos hasta la jefatura del Estado. Pero dos días después, en Washington D.C., dudé de si estaba en el mismo planeta, por no hablar del mismo hemisferio. EEUU no celebraba esta notable demostración de civismo democrático en una región donde ni el civismo ni la democracia están firmemente arraigados, y en un

país que hasta no hace tanto estuvo gobernado por una dictadura militar que duró 21 años.

Por el contrario, Henry J. Hyde, presidente de la Comisión de Relaciones Internacionales de la Cámara, acababa de escribir al presidente Bush advirtiéndole de que el presidente electo de Brasil era un peligroso "radical castrista que se ha disfrazado de moderado con fines electorales". Además, afirmaba Hyde, Lula podría formar con Fidel Castro y el comandante Hugo Chávez de Venezuela "un eje del mal en América", que podría incluso tener a su disposición una "bomba nuclear de 30 kilotones" brasileña, y los "misiles balísticos" de Brasil para lanzarla.¹

Ninguna de las personas con las que hablé en Brasil cree que Lula considere un modelo a Cuba, no digamos Venezuela. En cualquier caso, Brasil es una sociedad demasiado compleja, diversa y sofisticada como para emprender esa dirección: solamente la economía del estado de São Paulo, donde Lula ganó su reputación, es mayor que la de Argentina o Colombia. Y la acusación sobre las armas nucleares cae por su propio peso. Tanto Argentina como Brasil, tras la reinstauración de la democracia, pusieron fin a sus programas nucleares y firmaron un tratado internacional que convirtió América Latina en una zona libre de armas nucleares. No obstante, Constantine Menges, del Hudson Institute, ex funcionario del Gobierno de Reagan, viene alertando de una amenaza nuclear brasileña en el *Washington Times* desde principios de octubre, igual que los estadounidenses de origen cubano del Congreso y que algunos alarmistas resucitados de la derecha jurásica.² Lula, afirman, es miembro de una organización, el Foro de São Paulo, que fomenta el terrorismo.

Ni siquiera los expertos mejor informados con los que hablé en Brasil habían oído hablar del Foro de São Paulo. En realidad éste es el nombre de una agrupación internacional de partidos de izquierda y Lula asistió a su última reunión, celebrada en La Habana, lo que sin duda es el motivo por el que los estadounidenses cubanos del Congreso lo pusieron en su punto de mira. Pero la acusación de que es una conspiración "castrista" secreta encaminada a promover el terrorismo internacional es, cuando menos, exagerada. Jorge Castañeda, actual ministro de Exteriores mexicano, asistió a algunas reuniones del Foro de São Paulo hace algunos años, y hoy es una de las personas menos predilectas de Castro. Pero las acusaciones de este tipo pueden acabar cobrando vida propia, y así ha ocurrido ya en este caso, pues aparecieron de forma reciclada en la edición de *The New York*

¹ Carta al presidente Georges W. Bush del representante Henry J. Hyde, presidente de la Comisión de Relaciones Internacionales de la Cámara de Representantes de EEUU, 24 de octubre de 2002.

² Carta remitida al presidente George W. Bush por los representantes Cass Ballenger (republicano, Carolina del Norte), Dan Burton (rep., Indiana), Jin Gibbons (rep., Nevada), Benjamin Gilman (rep., Nueva York), Wally Herger (rep., California), Darrell Issa (rep., California), Walter Jones (rep., Carolina del Norte), Brian Kerns (rep., Indiana), Dana Rohrabacher (rep., California), Ileana Ros-Lehtinen (rep., Florida), Ed Royce (rep., California), Christopher Smith (rep., Nueva Jersey), el 3 de octubre de 2002. Constantine C. Menges, "Blocking a New Axis of Evil", *Washington Times*, 7 de agosto de 2002.

Times del 31 de octubre.³ Rastreado el origen de esta campaña contra Lula, he descubierto que surge nada menos que de una "autoridad" como Lyndon LaRouche, cuya página web decía en 1995: "La insurgencia narcoterrorista conocida como Foro de São Paulo tiene patrocinadores de muy alto nivel dentro de la clase dirigente económica y política de América, en forma de un gabinete estratégico con sede en Washington fundado en 1982 por David Rockefeller, McGeorge Bundy y otros, conocido como Inter-American Dialogue (IAD)".⁴

Tras las elecciones brasileñas, Constantine Menges retomó la cuestión: la elección de Lula, declaró, "representa el mayor fracaso del espionaje desde el final de la II Guerra Mundial". Si no se frena a Lula, "George W. Bush habrá perdido Sudamérica".⁵ La ultraderechista *Pittsburgh Tribune-Review* ya ha llamado a George Tenet, director de la CIA, "máximo benefactor de Lula" por su "negligencia y perfidia [que] han permitido que Lula esté tan cerca de la presidencia".⁶ El parlanchín secretario de Hacienda estadounidense, Paul O'Neill, que siempre dice las palabras inadecuadas en el momento inadecuado, concluyó que ahora los mercados debían esperar a que el presidente Lula "les garantice que no es un demente". Los brasileños tendrían motivos para pensar que en realidad los dementes están en Washington.

Nadie duda de que los intereses que están en juego tras la elección de un candidato de la izquierda en Brasil son muchos y los riesgos elevados; ni de que Lula y el PT tienen credenciales socialistas que vienen de largo; ni de que Lula se ha entrevistado con Castro; ni de que recibió un "sable bolivariano" de la victoria de manos del presidente venezolano Chávez; ni de que su asesor más próximo, José Dirceu, recibió entrenamiento como guerrillero en Cuba y regresó a Brasil hace decenios con el rostro alterado por la cirugía plástica para ocultarse. Nadie puede negar tampoco que Brasil padece una importante crisis económica nacional que se produce dentro de un entorno internacional en el que la economía estadounidense sufre una recesión, y ni puede ni quiere reactivar la escala de inversiones a las que se había acostumbrado Brasil durante los años del *boom* de los años noventa. La perspectiva de una guerra con Irak, además, podría hacer que se disparasen los precios del petróleo, lo que se sumaría a unas presiones inflacionistas ya crecientes. Éstas no son las condiciones ideales para una transmisión histórica de poder, y en un país como Brasil, tan excesivamente vulnerable a las sacudidas financieras externas, sería un desafío para cualquier líder y partido político no puestos a prueba. Pero pocos de estos factores son obra de Lula, y es absurdo menospreciar el notable triunfo democrático que representa su elección como pre-

Los brasileños tendrían motivos para pensar que en realidad los dementes están en Washington

³ Larry Rohter, "Relations with US a Challenge for Leftist Elected in Brazil", *The New York Times*, 31 de octubre de 2002, p. A10.

⁴ Valerie Rush, "Inter-American Dialogue: Sponsors for São Paulo Forum in Washington", *Executive Intelligence Review*, 10 de noviembre de 1995. En: www.larouche-pub.com/other/1995/2245_iad.html.

⁵ Dave Eberhart, "Expert Laments US Failure in Brazil", *NewsMax.com*, 30 de octubre de 2002.

⁶ Dateline D.C., "Tenet Is Lula's Geatest Benefactor", *Pittsburgh Tribune-Review*, 20 de octubre de 2002.

sidente, o reconocer que si hubiera sido "castrista" o "chavista" nunca habría sido elegido presidente de Brasil.

Un triple éxito

El éxito de esta elección es triple: para el propio Lula, para el PT que él fundó, y para Brasil. Lula comenzó su vida en la pobreza extrema, en el nordeste asolado por la sequía. Él y su madre fueron abandonados por su padre, que, al igual que millones de brasileños, emigró al sur en busca de trabajo y se dirigió al estado de São Paulo, que se industrializaba rápidamente. Más tarde, Lula y su madre también recorrieron los más de 1.600 kilómetros que llevaban hasta São Paulo, uniéndose a los conocidos con el sobrenombre de *paus-de-araras*, literalmente "perchas de loro" (así llamados por los desvencijados carros de madera en los que viajaban), que acudieron en masa a ese estado en los años cincuenta y sesenta.

El padre de Lula, que había vuelto a contraer matrimonio, no estaba dispuesto a aceptar a ninguno de los dos en la familia. Lula fue limpiabotas y después tornero, y más tarde activista del sindicato de metalúrgicos y dirigente político. Ha sido elegido en su cuarto intento de llegar a la presidencia gracias a más de 50 millones de votos. Como decían los carteles de su campaña, "ha llegado la hora de Lula". En el hemisferio occidental sólo otro candidato ha obtenido más votos en unas elecciones a la presidencia, y fue Ronald Reagan, otro activista sindical no menos persistente en sus ambiciones presidenciales.

La elección también ha sido un éxito para el partido de Lula. Los sociólogos llevan muchos años afirmando que parte del problema de las democracias emergentes es que carecen de partidos políticos sólidamente institucionalizados. Durante veinte años, el PT de Brasil se ha construido a sí mismo pasando de ser una organización de base a una organización nacional, y ha adquirido experiencia en los gobiernos municipales y estatales. En la última década, el partido, que ahora tiene más de 300.000 miembros, se ha desplazado ideológicamente al centro, de forma muy parecida a como hizo el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) durante la transición democrática española de los años setenta, cuando se desembarazó de su pasado marxista para integrarse en la corriente política dominante en Europa, a consecuencia de lo cual ganó el poder con Felipe González, uno de los modelos del PT brasileño. Igual que en España, este cambio permitió al PT ampliar su base inicial, que estaba formada por activistas católicos inspirados por la teología de la liberación, los sindicatos obreros que nacieron en los años setenta en São Paulo, miembros de organizaciones no gubernamentales, así como el movimiento de campesinos sin tierra (MST), que se convirtió en una fuerza en los años ochenta organizando a los aparceros a los que la rápida mecanización de la agricultura brasileña iba desplazando en el medio rural.

Tanto los sindicatos como el MST surgieron de un pasado combativo: en los años setenta, importantes huelgas consolidaron los sindicatos obreros, y el MST, silencioso durante la campaña presidencial como consecuencia de un pacto con Lula, se ha especializado en invasiones y tomas de tierras relámpago que a menudo tienen un fuerte trasfondo político. La hacienda de la familia del presiden-

te Fernando Henrique Cardoso, por ejemplo, sufrió varios asedios y una invasión durante sus dos mandatos presidenciales.

Sin embargo, el PT ha logrado introducir en el sistema político brasileño a muchos marginados que en otros países de América Latina carecen de representación o de voz institucionalizada. En la actualidad, tal vez el 30% de los miembros del PT se autodenomina radical, entre ellos la línea dura conocida en el léxico político siempre imaginativo de Brasil como "chiítas". Pero la mayoría de los miembros del partido ha aprendido a jugar el juego democrático. Es de este tipo de partido político moderno del que actualmente carece gran parte de América Latina, y lo que hace que muchas sociedades se polaricen peligrosamente entre el Estado, por una parte, y las masas, por otra, sin instituciones mediadoras eficaces para encauzar las aspiraciones de éstas en políticas no violentas y efectivas.

A medida que, en estos últimos veinte años, los sindicatos y el PT iban creciendo en Brasil, fueron entablando conexiones internacionales con la izquierda de América Latina y otros países. Los sindicatos de São Paulo, especialmente el sindicato de metalúrgicos que presidía Lula, recibió, a finales de los años setenta y principios de los ochenta, un apoyo muy fuerte y el aliento de los sindicatos estadounidenses, especialmente del de los trabajadores del automóvil United Auto Workers (UAW), como parte de su esfuerzo para responder al traslado a otros países de las fábricas de automóviles que realizaban las multinacionales de EEUU; y de la AFL-CIO (American Federation of Labor and Congress of Industrial Organizations), que intentaba propiciar la creación de sindicatos no comunistas en América Latina siguiendo el modelo estadounidense. La izquierda paranoica podría atacar con igual facilidad a Lula por ser un títere de la UAW de Walter Reuther que por ser un títere de Fidel Castro.

Pero para entender a Lula es fundamental darse cuenta de que es, básicamente, un sindicalista, un duro negociador sindical, un ferviente convencido del poder que confiere escuchar a diferentes sectores de opinión y conciliar intereses divergentes por medio del debate, un formidable forjador de consenso y un líder con carisma para movilizar después a las multitudes en la dirección elegida. Todo esto, con casi dos tercios del voto popular brasileño, convierte a Lula en una poderosa figura política que no ha perdido el contacto con sus orígenes. No resulta sorprendente que hable de forjar un "pacto social" en Brasil, ni que su primera prioridad sea declarar la guerra al hambre.

El éxito de la elección para Brasil no es menos destacable. Brasil sigue siendo uno de los países más desiguales del mundo menos desarrollado. Según el doctor Roberto Borges Martins, presidente del instituto de estadística oficial de Brasilia (IPEA), el 10% más adinerado de la población controla el 50% de la riqueza nacional, mientras que el 50% menos favorecida posee sólo el 10%. Sin embargo, como sabemos desde hace algún tiempo gracias a los estudios académicos, y como sugiere la propia trayectoria de Lula, pese a estas desigualdades, en Brasil existe también una gran movilidad social. Brasil cuenta con una clase media muy grande, articulada y bien informada y con una fuerte división de poderes a nivel federal entre el Gobierno, el Congreso y la judicatura. Las propias elecciones, por ejemplo, se realizaron con eficacia ejemplar, y los datos se conocieron en toda la nación la misma noche de la jornada electoral (Florida haría bien en seguir el

*Los votantes
habían
actuado con
considerable
habilidad,
equilibrando
sus votos
entre los
candidatos
federales y
estatales*

ejemplo). Los resultados eran claros. No había indicios de fraude. Y gran parte de ello se debe a la existencia del tribunal electoral, responsable de vigilar los comicios y de resolver las quejas. Cuando viajaba por diferentes regiones del país antes de las elecciones, me impresionaron la calidad y la claridad de los anuncios informativos de la televisión que difundió el tribunal electoral para instruir a la población sobre cómo utilizar las máquinas electrónicas para votar.

También me impresionaron los debates de inauguración y clausura de la campaña entre los candidatos, especialmente el último debate entre Lula y Serra, la víspera de la segunda vuelta electoral, en el que los brasileños y sectores sociales de todo el país formularon a ambos preguntas cuidadosamente meditadas. Y una vez conocidos los resultados esa noche, quedó patente que los votantes habían actuado con considerable habilidad, equilibrando sus votos entre los candidatos federales y estatales, diciendo "sí" a Lula para la presidencia, "sí" al PT al aumentar su representación en el Congreso en un 57% en la cámara baja y en un 75% en el Senado, pero también eligiendo sólo a uno de los siete candidatos del PT para gobernador en la segunda vuelta. Por tanto, no hubo ninguna "marea roja". Fue un voto que se dividió para garantizar el control de una parte del gobierno sobre la otra.

Al analizar la política brasileña se deberían tener en cuenta los paralelismos entre Brasil y EEUU. Los dos países poseen sistemas federales grandes y complejos. En ambos, la función de los estados y de los gobernadores estatales es importante. Ambos cuentan con grandes mercados para la televisión, la radio y la prensa, y las encuestas y los asesores de imagen tienen un gran peso en las campañas electorales. Por tanto, resulta significativo que los votantes brasileños eligieran como gobernadores a políticos de los partidos que se habían opuesto a Lula y habían apoyado a la coalición del presidente saliente, especialmente en los poderosos estados desarrollados del centro y del sur: São Paulo, Minas Gerais y Rio Grande do Sul.

Los resultados fueron especialmente significativos en el caso de Rio Grande do Sul, un estado que fue durante mucho tiempo bastión del PT y uno de sus principales escaparates, al igual que en São Paulo, donde uno de los estrechos colaboradores de Lula, José Genoíno, se presentaba a gobernador. Este no ganó a pesar de que en la primera vuelta Aloízio Mercadante, otro de los "cardenales" del PT (el grupo de poderosos asesores que rodea a Lula y tienen toda su confianza), fue elegido senador con más de diez millones de votos, un récord en la historia del Senado brasileño.

En el estado de Rio de Janeiro, mientras tanto, fue elegida gobernadora Rosinha Mateus, esposa de Anthony Garotinho, otro candidato presidencial derrotado, y no el candidato del PT, aunque en las elecciones federales el estado se inclinó por Lula. Garotinho, además, es presbiteriano y representa el papel cada vez más importante que tienen los evangélicos protestantes en la política brasileña (en la actualidad se calcula que cuentan con aproximadamente sesenta representantes en el Congreso, más del 10% de la cámara baja). Esta nueva fuerza en Brasil, no diferente de los fundamentalistas cristianos de EEUU, defiende posturas morales y sociales conservadoras, y critica las posiciones liberales del PT sobre el aborto, la homosexualidad y la educación religiosa.

En un sistema federal como el de Brasil, el poder de los estados y la función de los gobernadores siempre ha sido un importante contrapeso del Gobierno central. Al igual que en EEUU, la aprobación de las leyes en el Congreso brasileño depende de alianzas de partidos, de negociaciones y del toma y daca. El PT lo sabe, y estos cálculos pragmáticos desembocaron en la elección de un industrial ajeno al PT como vicepresidente en la lista vencedora de Lula. Los costosos anuncios televisivos de la campaña de Lula no salieron de los bolsillos de los mal pagados maestros de escuela que constituían uno de los grupos de apoyo más incondicionales del PT: fueron muchos los empresarios que acudieron a prestar su ayuda. Como uno de ellos me dijo gráficamente: "Es mejor perder los dedos de la mano que el brazo".

Mientras los resultados generales muestran un desplazamiento significativo e importante hacia el centro izquierda, el principal partido de la derecha, el Partido del Frente Liberal (PFL), sigue siendo una fuerza poderosa en el Congreso tras las elecciones. Muchos de los dirigentes del PFL están en el poder desde 1964, cuando se produjo el golpe de Estado militar. Se quedaron para contribuir a negociar la transición a la democracia, y continuaron hasta formar una parte clave de la coalición que apoyó la candidatura del sociólogo Fernando Henrique Cardoso a la presidencia en 1994, y su reelección en 1998. Por primera vez en la historia reciente ahora están en la oposición, lo que podría tener un efecto positivo para aclarar la postura del PFL en asuntos como el libre comercio, la reforma del mercado y la privatización, y crear un partido conservador democrático de centro derecha con una organización más coherente como alternativa al PT. Algo que sería saludable para el desarrollo de la democracia brasileña.

Elecciones y economía

La conmoción que los resultados electorales produjeron en los analistas de Wall Street, que en los últimos nueve meses han dominado la forma en que se ve a Brasil en EEUU, fue sorprendente. Pese a los buenos resultados que Lula obtenía continuamente en las encuestas, los analistas de los principales bancos y firmas de inversión de EEUU persistían en creer en la victoria del candidato del Gobierno de Cardoso, José Serra. Estaban histéricos ante la perspectiva de una victoria de Lula. Goldman Sachs incluso se inventó un "Lulámetro" para predecir el aumento del riesgo de la inversión en función de los resultados de Lula en las encuestas. Pero su opinión se basaba en información no fiable sobre la fuerza de Serra y sobre lo que habían y no habían conseguido los últimos ocho años de reformas de Cardoso. La situación de Serra era débil desde el principio. La coalición de Cardoso ya se había desintegrado antes de que empezara la campaña, y el PFL nunca apoyó la candidatura de Serra. Había graves fricciones en el seno del propio Partido Democrático Social del presidente Cardoso sobre la candidatura de Serra, a la que se oponían varios fundadores del partido.

Por otra parte, en su segundo mandato, el programa de reformas de Cardoso había llegado a un punto muerto. Brasil dependía de los préstamos exteriores para cubrir su enorme déficit público y, al mismo tiempo, vinculaba cada vez más la

deuda pública y la privada al dólar y al tipo de cambio, lo que hizo a Brasil vulnerable tanto a las percepciones de riesgo en los mercados financieros internacionales como a cualquier cambio negativo en la economía internacional. Además, tras ocho años de gobierno de un presidente cosmopolita, políglota y bien relacionado, y un equipo económico muy conocido en Wall Street, era inevitable que, a medida que se aproximaban las elecciones de 2002, la incertidumbre sobre el futuro preocupara a los inversores.

La fe ciega de Wall Street en que Serra representaba la “continuidad” nunca tuvo fundamento. Dentro del Gobierno de Cardoso, Serra había sido la voz de la oposición leal. Era un crítico de los hijos predilectos de Wall Street, el ministro de Economía Pedro Malan y el presidente del Banco Central Arminio Fraga. Como ministro de Sanidad obtuvo fama internacional por su lucha contra las empresas farmacéuticas multinacionales a favor de los medicamentos genéricos. Y, además, Serra tenía un “problema Gore”: no sabía cómo abordar la herencia del Ejecutivo de Cardoso, del que formaba parte; disgustó al presidente al no defender con energía su historial cuando fue atacado, y su campaña, a diferencia de la de Lula, fue casi todo el tiempo negativa.

Lula, por otra parte, contaba con la ayuda de uno de los asesores políticos de más éxito de Brasil, Duda Mendonça. Bajo la tutela de Mendonça, se recortó la barba, domeñó su retórica de orador callejero, abandonó los pantalones vaqueros y las camisetas, vistió sobrios trajes, camisas y corbatas de hombre de negocios y con una dentadura recién arreglada, sonrió sin cesar ante todas las dificultades, ciñéndose a su postura de “paz y amor” y presentándose ante los ciudadanos como la figura de un paternal abuelo. Para tranquilizar a las mujeres, entre las que comenzó con un porcentaje de aceptación muy bajo, Lula empezó a aparecer cada vez más con su esposa, Marisa Letícia da Silva, en las paradas de la campaña, al estilo estadounidense.

Por el contrario, Serra, luchador y sin carisma, ambicioso hijo de un inmigrante italiano, líder estudiantil y exiliado, doctorado en Económicas en Cornell, y un hombre de opiniones críticas decididamente severas, se concentró en “deconstruir” a sus primeros rivales. La gobernadora del estado de Maranhão, Roseana Sarney, que había obtenido excelentes resultados en las encuestas en las primeras fases de la campaña, se encontró con su candidatura destruida por un asalto por sorpresa de la policía federal a la oficina de su esposo, un hombre de negocios, y por las ampliamente difundidas fotografías de los fajos de billetes de origen no explicado que ahí aparecieron. Esto logró retirar a Roseana Sarney de la liza, pero al elevadísimo coste de distanciarse de la poderosa dinastía Sarney, encabezada por el padre de Roseana, José Sarney, ex presidente de Brasil y actualmente influyente senador, que creyó que el Gobierno de Cardoso y Serra estaban detrás de esta acción sin precedentes. No mucho después, José Sarney decidió dar su importante apoyo a Lula.

Con Roseana Sarney fuera de combate, Serra dedicó su atención a Ciro Gomes, gobernador del estado de Ceará, que también había empezado a obtener buenos resultados en las encuestas y era un protegido del gurú de Harvard, el profesor Mangabeira Unger. Una campaña negativa de televisión subrayó el carácter voluble de Ciro Gomes y sus equivocaciones (cuando se le preguntó por

el papel que tenía en su campaña su novia, una famosa actriz brasileña, respondió que estaba ahí para “dormir conmigo”). Como resultado, Ciro Gomes cayó vertiginosamente en las encuestas. Pero esto fue una victoria pírrica para Serra, pues en la segunda vuelta electoral, Ciro Gomes también respaldó a Lula. Así pues, Serra consiguió llegar a duras penas a la segunda vuelta y comenzó con 25 puntos porcentuales detrás de Lula, una distancia casi insalvable en el tiempo de que disponían.

La actuación política, las hábiles relaciones públicas y las complejidades del sistema político brasileño explican en gran parte la victoria de Lula. Aunque es exagerado afirmar que las elecciones fueron un rechazo al “Consenso de Washington” sobre desarrollo económico y el llamado modelo “neoliberal”, como dicen muchas personas ajenas al proceso, sí desembocó en la captación por el PT de un gran grupo de votantes de clase media decepcionados con el Gobierno de Cardoso. Éste aportó muchas cosas a su mandato: estilo, compromiso, civismo, elogio internacional. Domó la inflación, disminuyó de forma significativa la pobreza extrema, redujo las tasas de mortalidad infantil, realizó una política dinámica y relativamente fructífera contra la difusión del SIDA y mejoró la educación primaria. Pero continuó existiendo corrupción, y la justicia siguió siendo lenta, para muchos inalcanzable. Cardoso recortó los gastos excesivos de estados y ayuntamientos e hizo mucho para reforzar el sistema bancario. Algunos segmentos sociales se beneficiaron de la inversión en bonos del Estado. Pero la mayor parte de la clase media sufrió los perversos efectos de los tipos de interés excesivos, la inflación subió lentamente mientras el valor del real caía (un 40% el año pasado), y el desempleo y el subempleo aumentaron de forma espectacular. La delincuencia y la inseguridad hicieron la vida insostenible en muchas zonas urbanas incluso para las familias más modestas.

Cuando los inversores de Wall Street visitan Brasil a veces vuelan en helicóptero desde la azotea de un edificio a otro en São Paulo. Si observaran lo que ocurre en tierra, podrían comprender mejor por qué perdió el gobierno. Brasil ha sido siempre un país con una vida callejera activa, un país de pequeños negocios, bares y fábricas. Pero en las semanas previas a las elecciones, cuando conducía por São Paulo, una ciudad de más de 15 millones de habitantes y el corazón industrial y financiero de Brasil, me sorprendió ver calle tras calle edificios, tiendas y fábricas cerrados y esquinas desiertas. Incluso en el centro de la ciudad los viejos edificios de apartamentos estaban vacíos, clausurados con tablas y cubiertos de pintadas.

En la elegante Avenida Paulista, los edificios estaban rodeados por vallas de más de tres metros y medio de altura rematadas con varias filas de alambre electrificado. Era la clase media de Brasil, básicamente conservadora, la que no veía a Fernando Henrique Cardoso y su equipo económico con los mismos cristales de color de rosa que los forasteros. El PT se dio cuenta de que tenía que captar el voto de esta clase media —ni la muy rica y ni la muy pobre, sino la de los asalariados y pequeños empresarios— si quería llegar al poder. Y fue un desplazamiento decisivo en los votos de esta clase el que llevó a la derrota de Serra.

En Brasil, hay un paréntesis de dos meses entre las elecciones y la investidura del nuevo presidente, el 1 de enero de 2003. Este es un periodo de riesgo

La actuación política, las hábiles relaciones públicas y las complejidades del sistema político brasileño explican en gran parte la victoria de Lula

potencial. Los profundos problemas económicos que han hecho a Brasil vulnerable a los caprichos de los inversores extranjeros no han desaparecido pese a la pasajera euforia postelectoral. Los inversores privados continúan asustadizos y el riesgo de un ataque especulativo contra la moneda brasileña sigue siendo elevado. Muchos economistas extranjeros temen que la fuga de capitales, el bloqueo de las líneas de crédito y una renovada caída libre del valor del real puedan desembocar con facilidad en una profecía autocumplida y obligar a Brasil a suspender el pago de su deuda.

Los economistas brasileños alegan que los temores son exagerados y que se puede gestionar el servicio y la renovación de la deuda. Señalan que Brasil ya ha recibido los primeros 3.000 millones de dólares del paquete del Fondo Monetario Internacional (FMI) para "sacar de apuros" al país que se negoció el pasado mes de agosto, y que el Fondo enviará otros 3.000 millones de dólares antes de final de año. Afirman que las reservas de Brasil pueden sostener y cubrir todas sus obligaciones. Ahora han surgido voces menos histéricas para dar razones contra el pánico, entre ellas la del presidente del Banco de la Reserva Federal de Nueva York, William McDonough. Y cabe esperar que los grandes intereses estadounidenses con importantes inversiones fijas y un considerable interés a largo plazo en Brasil, también tratarán de calmar la histeria. Después de todo, la inversión estadounidense en el país sudamericano en los últimos años ha sido cinco veces superior que la realizada en China. Entre las empresas estadounidenses que tienen inversiones de envergadura en Brasil están General Motors, Ford, Texaco, Exxon, General Electric, Citibank, McDonald's, Cargill, Philip Morris, Goodyear y, de no menos importancia, Alcoa, de la que fue jefe el actual secretario de Hacienda O'Neill.

Pero las peticiones de Wall Street, el FMI y EEUU de que se nombre a personas "amistosas para el mercado" en los puestos clave de ministro de Finanzas y presidente del Banco Central, serán incesantes, pues creen que los designados de la "derecha" garantizarán que Brasil cumple las condiciones impuestas por el FMI en el acuerdo de ayuda, que conlleva mantener unos tipos de interés altos, superávits elevados en el presupuesto y el pago puntual de la deuda. Esto choca con las expectativas de la mayoría de los votantes brasileños, que quieren tipos de interés más bajos, más crecimiento y creación de empleo. Pero el impago de la deuda no es el único peligro que afronta Brasil en este periodo. Además de los temores de Wall Street, está la presión de las visiones utópicas.

Perspectivas de futuro

En la izquierda, muchos consideran la elección de Lula un rechazo a las políticas de los años noventa que fomentaron los mercados abiertos, el libre comercio y la privatización. Confían en que Brasil, con Lula de presidente, encabece la lucha contra la globalización. Desde 2001, alentado por la administración del PT en el estado de Rio Grande do Sul, Porto Alegre es el lugar de cita del Foro Social Mundial, una enorme reunión de activistas antiglobalización que se consideran el contrapunto del Foro Económico Mundial de Davos. Sin duda, el Brasil de Lula galvanizará inevitablemente las esperanzas y la presencia de muchos activistas antiglo-

balización que van en pos de sus propias utopías. Es probable que sus expectativas acrecienten los temores de la extrema derecha de que Lula y Brasil se conviertan en lo que la extrema izquierda quiere que sea.

En el ámbito nacional, el gran dilema girará en torno al conflicto entre expectativas y limitaciones. Los gobernadores y los alcaldes desean escapar de la camisa de fuerza financiera que les impuso la administración saliente y renegociar sus deudas con el Gobierno central. Los trabajadores y funcionarios, enérgicos partidarios del PT, quieren aumentos salariales para mantenerse a la par que la inflación. Los campesinos sin tierras quieren tierras y su recompensa por permanecer en silencio durante la campaña. Y los que están en el fondo de la pirámide económica quieren que suba el salario mínimo. Todas estas demandas chocarán de frente con las limitaciones impuestas por el paquete de 30.000 millones de dólares del FMI.

El tercer gran problema para el PT es la falta de experiencia en la administración de un gobierno complejo como el de Brasil. El nuevo Gobierno necesita asesores leales que lo conduzcan por el laberinto de la burocracia federal. Y el PT tiene una experiencia internacional limitada, aunque aquí podrá contar con el servicio diplomático, ampliamente reconocido y sumamente hábil. Tendrá que aprender con rapidez. El nuevo Ejecutivo tendrá que tomar decisiones urgentes sobre asuntos como el comercio, el cumplimiento del pacto con el FMI y las crisis crecientes en sus fronteras sudamericanas, desde Argentina hasta Colombia, pasando por Venezuela. El PT necesitará a Duda Mendonça para que lo ayude a gestionar su imagen, porque las imágenes a veces pueden ser tan importantes como las realidades, y una de las imágenes que los elementos moderados del PT más temen es que en Brasilia, el 1 de enero, el recién elegido presidente Lula aparezca con los presidentes Castro y Chávez, mientras una delegación estadounidense de bajo nivel, por razones de protocolo, es ocultada de los ojos del público en algún lugar de la fila de atrás.

Por una afortunada casualidad para EEUU, la actual embajadora, Donna Hrinak, es una profesional muy competente que ha estado destinada en Bolivia y Venezuela: como dice con orgullo a los brasileños, y especialmente al PT, es hija de un obrero metalúrgico. Ya es muy respetada en Brasil entre los políticos y la prensa. El problema no es tanto la calidad de los informes que se envíen desde Brasilia a Washington cuanto la falta de coherencia en la respuesta de Washington a los desafíos que traerá inevitablemente la presidencia de Lula.

Antes del 11 de septiembre, cuando Afganistán e Irak expulsaron a América Latina de los titulares y la arrinconaron en lo que se refiere a Washington, la política estadounidense hacia la región estaba dominada por la política nacional. Y con Constantine Menges, Hyde y la delegación estadounidense de origen cubano en el Congreso denunciando a Lula, su victoria, lejos de ser recibida como la confirmación de una democracia que funciona y de la inclusión política —algo que EEUU dice que desea en sus esfuerzos en favor de la construcción de la democracia en todo el mundo—, amenaza con ser interpretada una vez más a través del estrecho prisma de la Pequeña Habana. Es como si EEUU hubiera pasado toda la Guerra Fría mirando a Rusia a través del prisma de Albania, y a China a través del prisma de Macao, o explicara a la India examinando la política nacional de las Maldivas.

Para un país de su tamaño e importancia, Brasil cuenta con poco apoyo en el Congreso de EEUU. Tampoco la prensa y la televisión estadounidenses tienen mucho interés por este país. Las noticias procedentes de Brasil se refieren sobre todo al samba, al sexo y al fútbol, y las informaciones económicas están confinadas en las páginas de economía. Es hora de que Washington se dé cuenta de que las palabras inoportunas en Hacienda, la histeria en Wall Street y los absurdos temores ante un nuevo eje del mal pueden perjudicar los intereses de EEUU. Las elecciones de Brasil deben verse contra el telón de fondo de la crisis argentina, la posibilidad inminente de un sangriento golpe de Estado en Venezuela y el conflicto creciente en Colombia.

Si Brasil fracasa, como podría suceder, las consecuencias serán importantes no sólo para el sistema financiero internacional, sino para las perspectivas de la democracia en la región. Resulta irónico que mientras EEUU habla ahora de cómo "construir" una democracia después de una guerra en Irak, se arriesgue, por falta de atención y unas prioridades mal enfocadas, a agravar los problemas que podrían debilitar a la mayor y más fructífera democracia de lo que tanto le gusta considerar su propio "barrio".